

## NOTAS BIBLIOGRAFICAS

HERBERT FEIS.—*The Changing Patern of International Economic Affairs*.—Nueva York: Harper. 1940.—132 p.

J. E. MEADE.—*The Economic Basis of a Durable Peace*.—Londres: Allen and Unwin. 1940.—192 p.

En teoría, el librecambio entre naciones, o dentro de ellas, tiende a producir, en general, el máximo de riqueza o bienestar económico. Este máximo no se logra si existen trabas o restricciones al comercio. Durante el siglo XIX, el mundo real se apegaba con bastante fidelidad a la doctrina librecambista. ¿Por qué no perduró este sistema? ¿A qué se debió que se trocara por una red de restricciones al comercio que se fué ampliando conforme avanzaba el siglo actual? Y, una vez terminada la guerra, ¿se podrá volver, acaso, a un sistema de relaciones económicas internacionales fundado en principios librecambistas? Los dos libros citados arriba, escritos ambos en lenguaje sencillo, dirigidos más bien al público en general que al economista profesional, tratan de estos temas. El primero intenta explicar el fracaso de la política librecambista y hace ver cómo fueron cambiando paulatinamente las bases de las relaciones comerciales; en él hallará el lector una buena descripción, en términos generales, del mundo económico que precedió a la guerra actual. Aunque la finalidad de este libro es más bien explicativa y descriptiva, y subraya la necesidad para los Estados Unidos de armarse hasta los dientes (el autor cita la frase de Adam Smith "defense . . . is of much more importance than opulence . . .") No deja de entereverse la filosofía liberal del señor Feis y la esperanza de un retorno al librecambismo. Pero de allí no pasa la cosa. La realidad de la guerra y la imposibilidad de predecir lo que resultará de ella lo obligan a terminar con una nota interrogatoria.

El señor Meade, conocido economista inglés, autor de *An Introduction to Economic Analysis and Policy* y redactor de los informes de la Sociedad de las Naciones sobre la situación económica mundial, señala los principios económicos en que se ha de basar el mundo de la postguerra, principios que, si son observados, han de ser la base de una paz duradera. Su filosofía, como la del señor Feis, es liberal, pero parte de la siguiente premisa: que no se puede lograr el objetivo del librecambismo a menos que se limite la soberanía de los Estados independientes en lo que toca a asuntos económicos, especialmente monetarios. Presupone él la necesidad de una organización internacional, por ejemplo, una Sociedad de las Naciones reformada o una Unión Federal de los diversos Estados. Existiría una Autoridad Económica Internacional que vería en conjunto los problemas económicos y monetarios de cada miembro de la unión y cuyo principal objeto, además de promover una vuelta al librecambio

## NOTAS BIBLIOGRAFICAS

por medio de una abolición gradual de aranceles, contingentes, prohibiciones, control de cambios, sería impedir que uno de los miembros pudiera perjudicar con su política interna a los demás. Habría un Banco Central Internacional, emisor de una moneda de curso legal en toda la Unión, y regulador de la oferta total de moneda; controlando a la vez los gastos públicos, podría influir preponderantemente sobre el ciclo económico, con miras a eliminarlo. A la vez, se levantarían las restricciones a los movimientos de capital y a la inmigración, y de hecho se les encauzaría hacia las regiones donde mayor falta hicieran. Por último, el llamado problema de las materias primas quedaría resuelto debido a la mayor demanda de ellas que resultaría una vez adoptado el librecambio.

Aunque el economista no puede estar en desacuerdo con los principios expuestos en este libro, al leerlo se siente invadido de bastante escepticismo acerca de las posibilidades de que se realice lo propuesto por el señor Meade, ya que el factor político y social, particularmente el que resultará de la actual guerra, es una incógnita. En cuanto a las dificultades prácticas, salta a la vista una que el mismo autor menciona: la de que en muchos países la economía es planeada, en mayor o menor grado. Desde luego el dilema es importante: cuanto mayor el número de componentes de la Organización Internacional, más probabilidad de éxito desde el punto de vista económico; pero, si se incluye a los países de economía planeada, ¿no se aleja la posibilidad de volver al librecambismo? El señor Meade intenta conciliar ambos tipos de economía, y advierte que a los países de economía planeada se les podría permitir que persiguieran sus finalidades, e incluso que conservaran muchas medidas características, como el control de cambios, los monopolios del Estado, etc., siempre que se sujetaran al control de la Autoridad Internacional. No deja uno de sentir que éste es el punto débil del argumento, ya que la práctica sería muy distinta. Resulta difícil imaginar una situación en que, por ejemplo, un monopolio de Estado no aproveche su mayor autoridad al competir en condiciones iguales con una empresa particular, a pesar de que la Organización Internacional velaría porque esto no sucediera. También, al otorgársele a cada Estado o Miembro cierta independencia en política económica, menos en lo que pudiera afectar adversamente a los demás miembros, en la práctica resultaría difícil determinar la línea divisoria entre asuntos de trascendencia puramente *local* y cuestiones de orden *internacional*.

Cabe indicar, además, que el señor Meade da a entender que en las economías planeadas sería muy fácil el determinar los costos de producción y los precios de los factores (ver páginas 32-3), asunto aún muy controvertido.

## EL TRIMESTRE ECONOMICO

Estos problemas no dejan de tener interés, y desde luego la misma base teórica propuesta por el señor Meade es de suma importancia, en vista de que en años recientes, y especialmente desde el comienzo de la guerra, se ha ido vislumbrando una tendencia, hasta ahora limitada a las especulaciones de intelectuales, a encontrar en el federalismo la solución de los tremendos problemas económicos (que son más bien de origen político) de Europa. Por último, es de recomendarse este libro porque tampoco está por demás que en la América Latina se vaya pensando en el día en que se pueda coordinar la política económica de las diversas repúblicas hermanas, tomando como principio fundamental la limitación de la soberanía de cada Estado y una cooperación libre a base de igualdad.—V. L. U.

CHARLES HOWARD HOPKINS.—*The Rise of the Social Gospel in American Protestantism, 1865-1915*.—New Haven: Yale. 1940.—354 p., Dls. 3.00.

Las prensas de la Universidad de Yale nos ofrecen un libro concienzudo, lleno de interesante información: *The Rise of the Social Gospel in American Protestantism, 1865-1915*, por Charles Howard Hopkins: obra décimocuarta de la serie *Yale Studies in Religious Education*.

Escribía en sus días de apostolado Henry George, citado por el profesor Hopkins: "En un Cristianismo verdadero que ataque la injusticia hincada en la ley, hay bastante poder para regenerar el mundo". ¿Cuáles fueron en la cristiana fe de Norteamérica las reacciones, los desvelos, el pábulo de la protesta, la llamada generosa ante los entuertos causados por la desdeñosa posposición del hombre a la máquina, invención del moderno furor de poseer? Y ¿qué extraordinarias medidas cabía esperar en el siglo XIX y en su primer apéndice del actual, por parte de autoridades y multitudes cristianas, descendientes de quienes, hace casi dos mil años, cobraron en sus pupilas la nueva luz de la emancipación de la conciencia moral? ¿Acaso la proclamación dogmática, o al menos declaración de principios de un programa socialista? ¿O una condenación global, en el púlpito y el *tract*, en el himno y la asamblea, de los lucradores insaciables, reaparición democrática y aun a veces demagógica de las excomuniones medievales y la áspera condenación canónica de que el cristianismo, todavía en el Occidente conocido inconsútil, hizo objeto a la usura? ¿O, yendo a la solución radical, precisaría una *conversión* del cristianismo en mera "religión de la humanidad", como iniciaron unos secuaces del Unitarismo, en 1880, según los cuales, en el nuevo plan, permanecería lo divino sólo para "dar impulso a la imaginación"?

No es dado, o no debe ser dado, a una conciencia cristiana permane-

## NOTAS BIBLIOGRAFICAS

cer indiferente o insensible entre lo justo y lo injusto, entre lo justo y lo inexacto o desajustado, entre lo justo y lo inícuo. Porque hay tres antónimos de justo, cuya voz evoca en el hombre actual tres contenidos: el jurídico, que nos viene de Roma, el intelectual (trascendiendo, por derivadas aplicaciones, a la propia manualidad artesana), de origen griego, y el ético, expresivo de interior rectitud, y que emana del Antiguo Testamento.

Con referencia a la enseñanza evangélica, inmune por sí misma de todas las flaquezas y aberraciones *históricas* de la que podríamos llamar *administración* eclesiástica, todo cristiano no parecido al árbol sin fruto, por Jesús condenado, debe permanecer asíduo en las tres batallas de la justicia, la del derecho contra la fuerza, la del espíritu contra el caos, la del ideal contra la pesadumbre del barro primitivo. Jesús quiso salvar el mundo por la redención y conquista del hombre interior; pero en esta conquista no hubo, ni en el caso de los más altos místicos, absorción, o el menor descalce de la personalidad, sino el vigoroso aumento de ésta, precisamente llegada a protagonista. La levadura de un ideal de perfección individual exige, naturalmente, que el hombre, en su nueva confianza y en su nueva fuerza, asuma una tremenda y dramática responsabilidad. La fe le da principios y no programas; la caridad le exige el ejercicio inagotable de una ardiente cooperación al bien ajeno. Y los programas sociales de hoy, que como los políticos de un Savonarola o un Calvino pudieren llamarse teológicos, empequeñecerían la holgura del hombre, reduciendo un mensaje eterno a la formulación *histórica y local* de lo fasto y lo nefasto. Pero por otra parte, esa casi fiereza para el bien que se requiere a la pasión propiamente cristiana, ha sido origen y escuela de todo levantamiento indómito contra las injusticias; y prueba es de cristianismo desnaturalizado o evaporado la indiferencia ante el sufrimiento, el encogimiento de hombros ante las piraterías del furor de poseer, y, en fin, el refugio en el pietismo o el ritualismo junto al terrible desorden de la omnipotencia materialista y materializadora del dinero, reinventadora de las castas, consentidora sólo de altares anodinos, corruptora de la política, vendedora de las patrias, y luego histérica adoradora de la fuerza bruta, cuando pareció que Dios no se tenía por bastante honrado con el uniforme de guardia campestre o gendarme que se le consintiera para verle vigilar y proteger los bien o mal adquiridos patrimonios.

El crecimiento formidable, espectacular del volumen de riqueza que determinó en Norteamérica la rápida transformación de aquel país de agrícola en industrial, no podía dejar de impresionar, por su implacabilidad, por su falta de escrúpulos, por sus efectos de degradación del hombre, a toda conciencia cristiana no agachada debajo del ala. "Los úl-

## EL TRIMESTRE ECONOMICO

timos cuarenta años del siglo XIX, escribe el Dr. Hopkins, vieron aumentar la riqueza de los Estados Unidos de 16 a 126 billones de dólares... En los diez años que siguieron al de 1880, aumentó Chicago su tamaño, aproximadamente, en un ciento por ciento... Repletas de inasimilables extranjeros, y abocadas a tremendos problemas sociales, hostigaban a estas ciudades la ilegalidad y el crimen, las ruines viviendas populares, la política corrompida, la delincuencia, las necesidades sanitarias y las del tráfico, los recursos religiosos inadecuados y un sinfín de otras complicaciones... Los dos extremos de pobreza y riqueza eran considerados... no sólo como oprobio de la civilización americana, sino también como amenaza para su estabilidad... El hecho de que media docena de hombres controlaran el entero aprovisionamiento de combustibles para Nueva York y Nueva Inglaterra, pareció a Gladden tan contrario a la justicia y prudencia públicas, que precisaba dar con algún medio para conseguir su fin. Similarmente las grandes arterias del transporte entre Este y Oeste eran controladas por tres o cuatro hombres, y el petróleo de la lámpara del pobre estaba pesadamente sobrecargado en su precio por un ávido monopolio... Pero era el abuso de la riqueza y el poder en formas patentemente ilegítimas lo que suscitaba la ira más vehemente en esos profetas de un cristianismo socializado. La manipulación y dilución de las acciones, el acaparamiento de víveres, la especulación, el soborno, la deslealtad hacia las obligaciones, la explotación ferrocarrilera, las manufacturas fraudulentas y la adulteración de alimentos fueron objeto de condenación terminante". Y seguía devorando trechos, con toda la portentosa vitalidad de una selva virgen pero también con todas sus infinitas asechanzas y crueldades, ese proceso de industrialización, rápidamente precipitado a los grandes monopolios, arma para una concentración de riqueza y poder en pocas manos privilegiadas sin igual en la historia. El recrecimiento urbano da alguna idea de este ritmo desenfrenado: "En 1870 sólo algo más de un quinto de la población vivía en las ciudades. En 1890 la proporción ascendía a un tercio".

Fuera difícil no asentir a la frase de George D. Herron, ese profeta sensacional cuya portentosa carrera había de acabar en tan sórdido desenlace: "Los esfuerzos (se refiere a los eclesiásticos) para reconciliar la ética negociante del moderno industrialismo con la ética de Cristo, traicionan el reino de Dios". No es empero más radical ni más comprensiva esta frase que la de San Agustín: "No en virtud del derecho divino, sino del derecho de guerra puede alguien decir: ésta es mi casa, ésta es mi quinta, mi servidor es mío".

Con diligencia y esmero nos ofrece el Dr. Hopkins los índices de las reacciones de conciencia, de las organizaciones de propaganda, de los

## NOTAS BIBLIOGRAFICAS

activos empeños del cristianismo americano. Su combinación dinámica de la creencia en el progreso y la convicción de una crisis se expresó en muchas modalidades; las menos impresionantes de ellas y, naturalmente, las de estela más fugaz fueron las que creyeron servir al impulso de justicia con un motor religioso más vago. Con razón destaca el Dr. Hopkins la interesante personalidad e ideología de Walter Rauschenbusch, sin partidismo socialista, pero sustentador de la más viva crítica del capitalismo, por estímulos de inequívoca religiosidad: "El Dios de Jesús fué el sumo Padre que hace brillar su luz sobre justos e injustos, y ofrece perdón y amor a todos. Jesús vivió en la atmósfera espiritual de esta fe. Y vió por tanto a los hombres desde este punto de vista. Eran para El los hijos de aquel Dios. Aun el más bajo era alto. El claror de la faz divina sobre la suya derramada esparció resplandor sobre las hileras de los hombres. De esta suerte la religión enriquece e ilumina el sentimiento social". "Amamos y servimos a Dios cuando amamos y servimos al prójimo, a quien ama y en quien vive. Nos rebelamos contra Dios y repudiamos su voluntad cuando ponemos nuestro provecho y ambición sobre el bienestar del prójimo y sobre el reino de Dios que a todos une". La insistencia de Rauschenbusch en la reverencia debida a la personalidad humana es constante: su socialismo cristiano es fundamentalmente humanista: liberador y depurador, nunca enemigo, del individuo en tan copiosos números sacrificado por el privilegio. "Un estado de cosas en que millones de gentes ni en lo más mínimo participen del capital productivo de la nación, a duras penas con suficiente ajuar, ropa y alimento para cubrir su desnudez y sostener su cuerpo, rebaja la humanidad, socava la república y extenúa la religión".

Dejando aparte la tendencia que acaso fuera lícito llamar posposición del cristianismo a la sociología, condenada a doble esterilidad, el *Consejo Federal de las Iglesias de Cristo en América* asoció la pasión de justicia a un claro mantenimiento del sentir religioso: en efecto, en Filadelfia, en 1908, los representantes reunidos de treinta denominaciones expresaron que la misión de Cristo no es solamente reformar la sociedad, sino salvarla. El nuevo relieve dado a la venida del Reino de Dios a la tierra saca su sentido de la existencia de un cielo en que se cumple tal voluntad. Con el ejemplo de Cristo a la vista, es imposible aceptar un evangelio de clase: su mensaje va dirigido a los hombres como tales hombres. Pero la innegable trascendencia social del Evangelio es alzada sobre el pavés, y unánimemente se proclama que debe ser la Iglesia bienhechora de todas las clases y empeñarse en el establecimiento de una fraternidad tan holgada como la vida humana y extendiéndose a las más deprimidas honduras de las necesidades humanas.

## EL TRIMESTRE ECONOMICO

La Gran Guerra, dice el Dr. Hopkins, dió fin a la era de optimismo y progreso en que se desenvolviera el cristianismo social. Aumentó en el clima teológico americano la conciencia ecuménica y un aprecio más recalcado de la naturaleza histórica del Cristianismo. Pero el evangelio social es ya parte integrante del pensamiento y acción de aquella Iglesia.

Y, sobre el pasado fuego de las polémicas, sobre el celo no siempre concorde de los proselitismos, prevalece la obra de la caridad, el acercamiento a la aflicción humana, la valerosa denuncia de los males, y la solidaridad moral, más acercada y valiosa que la política o sociológica, con aquellos a quienes se llamó bienaventurados en la tremenda inversión de valores del Sermón de la Montaña.—J. C.

MARCUS LEE HANSEN.—*The Atlantic Migration, 1607-1860, a history of the continuing Settlement of the United States*, introducción de A. M. Schlesinger.—Cambridge: Harvard University Press, 1940, xviii-392 p. Dls. 3.50.

El editor y prologuista de este libro dice: "La obra del profesor Hansen trata de la gran migración trasatlántica de blancos, primero a las trece colonias, y luego a la república hasta el comienzo de la guerra civil". El libro es producto de una investigación de muchos años, cuatro de los cuales en Europa (principalmente en Inglaterra, Alemania, Francia, Suiza, Holanda y países escandinavos), y que interrumpió la muerte del autor en 1938, siendo profesor de la Universidad de Illinois. La obra completa hubiera constado de tres volúmenes, siendo éste el primero, y llegando los dos últimos hasta nuestros días.

La investigación se hace más desde el punto de vista europeo que de: norteamericano. No puede decirse que el profesor Hansen abandone a los emigrantes a su llegada a Estados Unidos, pero sí que esta parte de la historia ocupa un lugar reducido dentro de la obra.

El comentarista se enfrenta con dos posibilidades: considerar la obra como un capítulo de historia económica, o bien como novela, más bien podríamos decir epopeya dantesca, de una fuerza dramática difícil de igualar. Los alicientes que tendría seguir este segundo camino serían muy grandes. Al lector le es muy fácil pensar en una de las varias películas rodadas en los últimos años donde se describe el desarrollo de algún invento o hazaña del progreso humano. Sería muy fácil colocar como personajes centrales de esta cinta a una familia dedicada al transporte y reclutamiento de emigrantes para Estados Unidos y recorrer los años que van desde la independencia del país hasta la guerra de secesión; imaginarse escenas grandiosas de aglomeración en los puertos de emigrantes en busca de pasaje, en busca de dinero para emigrar, de despedidas tier-

## NOTAS BIBLIOGRAFICAS

nas, de lecturas de cartas de emigrantes, de marchas obligadas por las maías cosechas, de propaganda de los agentes de plantadores y navieros, de opresión de países autoritarios, de emigraciones de carácter político y religioso, escenas impresionantes de penalidades de la travesía, y otras divertidas, como las que cita el profesor Hansen de los franceses emigrados a Filadelfia, donde daban serenatas a las muchachas cuáqueras "que estaban acostumbradas a métodos más sedantes de cortejar" (p. 59); escenas de los emigrantes alemanes de paso para El Havre acampados en las orillas del Sena y los jardines del Louvre hasta vender sus carretas y caballos para poder proseguir el viaje y pagar la travesía, siendo espectáculo de los refinados franceses; escenas de la familia que llega a un puerto y se vuelve a su antiguo hogar por no poder divisar América desde la costa, escenas del fracaso de la emigración de intelectuales y del triunfo de los aventureros. Y como éstas mil más que pasan por las cálidas páginas de la obra. El editor en su prólogo dice con razón que "el profesor Hansen no olvida nunca que está escribiendo sobre seres humanos de carne y hueso".

Si la obra hubiera estado concebida como novela el título adecuado habría sido "La huída atlántica", no "La migración atlántica". No es un sofisma decir que los emigrantes al buscar las costas de América pretendían más bien escapar de algo que ir hacia algo. Se dirá que sólo son dos maneras distintas de mirar el problema, pero hay, a mi modo de ver, un cierto matiz, quizá indefinible, pero auténtico. Se huía de las guerras, de la opresión política, de la intolerancia religiosa, de las crisis periódicas, de lo viejo. El profesor Hansen dice que no se pueden hacer generalizaciones sobre la historia de la migración atlántica durante la época de su estudio que comprendan un período superior a diez años. En términos generales da más importancia a los motivos económicos que a los de otra índole, pero el lector no puede evitar la impresión de que las circunstancias políticas de Europa tuvieron una influencia enorme en el éxodo.

El hombre está atado a su suelo natal por muy diversas circunstancias que le hacen recelar del cambio: el idioma, las instituciones sociales, los lazos familiares, la religión, el miedo a lo nuevo, la ignorancia, las dificultades de transporte, y otras muchas que no es preciso enumerar por ser lugares comunes. No siempre son los más necesitados quienes emigran, no siempre los que con más interés piensan en El Dorado. Para viajar hace falta dinero, y cuanto mayor es el apremio, mayor la necesidad de salir de la miseria, mayor el ansia de marchar, al crecer la demanda de pasaje aumenta también su precio; en la década de los cuarentas los pasajes, como consecuencia de la aglomeración de emigrantes, suben de



## EL TRIMESTRE ECONOMICO

£3 a £5 y después a £7, entre Liverpool y América. Sólo pueden salir, huir, quienes ya tienen algo, o reciben auxilio de los parientes que han hecho fortuna en Ultramar; otras veces son los mismos terratenientes quienes ayudan a sus arruinados arrendatarios a cruzar el mar. Las mujeres son las más remisas a marcharse: los agentes de emigración y los folletos de propaganda que dan instrucciones a los futuros emigrantes lo saben muy bien y recomiendan al cabeza de familia que sea paciente pero también firme, y llegan a aconsejarle que amenace con emigrar solo. Una de las características de la historia de la emigración es que ésta pierde paulatinamente su carácter individual, en el sentido de que sólo marche el cabeza de familia o los jóvenes, y se vaya haciendo "familiar".

La libertad política de América era otro atractivo. Las luchas religiosas y sociales han proporcionado a Estados Unidos núcleos numerosísimos de pobladores. La igualdad social era otro de los alicientes (el profesor Hansen cita la carta de una sirvienta, que escribe a su casa diciendo que sólo tiene de sus patrones la queja de que su gramática es muy mala). En Alemania se conspira y a veces es el Estado mismo quien protege y fomenta la emigración de los descontentos políticos. Otras, en cambio, los conservadores reaccionarios claman contra la influencia de las ideas democráticas y republicanas que vienen de América; el editor del prestigioso diario alemán *Kölnische Zeitung*, el 17 de septiembre de 1853, pide que se envíe a Ultramar un ejército prusiano para suprimir la amenaza de las ideas yanquis (p. 272), cosa que no deja de tener actualidad. Con las emigraciones de tipo político también se relaciona la emigración en grupos formados por líderes políticos y religiosos, y la historia nos enseña que más del 99 por ciento de tales empresas han fracasado, que las disensiones son inevitables, que los jefes se desprestigian, que las calumnias acaban con las más sólidas reputaciones. Hay también los iluminados que predicán la emigración como medio de encontrar un paraíso de libertad donde poder lograr sus aspiraciones morales. La literatura romántica de la época—en ella vivieron Shelley y Byron—al crear sus utopías, eligen a menudo América como su emplazamiento geográfico. La novela de viajes por Estados Unidos goza en Europa en esa época de un favor inusitado, y tiende a ampliar los conocimientos elementales que se tenían sobre el nuevo mundo: periódicos prestigiosos llegaban al extremo de dar noticias sobre Texas, Virginia y México bajo el epígrafe de Sud América (*Neckar Zeitung*, de 4 de abril de 1828). Un emigrante pide pasaje para una isla llamada Canadá Superior, etc. Pero las fantasías absurdas que se dicen, despiertan el interés por conocer la verdad. Son las cartas de los emigrantes las que dan una idea más fiel de ella). La última palabra que se dice al expatriado es "¡escribe!", y escribir

## NOTAS BIBLIOGRAFICAS

una carta cuesta un día entero de jornal. El emigrante por lo general espera hasta alcanzar sus primeros éxitos para comunicarse con su pueblo natal. Las cartas se leen ante el pueblo en pleno: oficia el maestro, y el auditorio escucha en suspenso las noticias del emigrado, se sacan copias de las cartas y se reparten por toda la comarca.

La escasez de medios de transporte fué uno de los obstáculos que se opusieron a la emigración. Esta no pudo ser grande hasta que la demanda europea de productos americanos permitió a un número crecido de naves tener asegurado el flete de ida y vuelta. El Havre, Bremen, Hamburgo y Liverpool, son los grandes puertos de emigración. En ellos se concentran quienes pretenden ir al nuevo mundo anglo-sajón y en sus muelles esperan hasta encontrar quien quiera transportarlos. Ahí sufren los ataques de desaprensivos que a cambio de dinero prometen asegurarles un lugar imaginario en el próximo barco; no todos resisten la larga espera y los gastos que ésta ocasiona, y muchos vuelven a su lugar natal derrotados y más pobres que salieron. Los caminos se congestionan y las autoridades han de tomar medidas para que no se interrumpa el tráfico.

Cuando la historia se relata como lo hace el profesor Hansen es difícil detenerse a considerar fríamente sus enseñanzas económicas; la tragedia que encierra es demasiado grande para desear encerrarla en la desnudez de una estadística. Los economistas encontrarán en la obra muchos datos de interés sobre la movilidad de factores de la producción, sobre demanda conjunta, sobre consecuencias de los ciclos, y de los monocultivos (patata en Irlanda), etc., pero el interés humano de la obra supera con mucho al que pueda tener para el economista.—J. M.

J. M. CLARCK.—*Social Control of Business*.—Nueva York: McGraw-Hill, 1939, XIII—537 p.

La primera edición de esta obra data de 1926, y el profesor Clark optó por una nueva para incluir en ella los refinamientos de los instrumentos de control sobre la economía que han sido consecuencia de la Gran Depresión. De las diferencias entre las dos ediciones resalta la evolución del autor; en vez de la ingenuidad un poco ociosa de la primera se discierne en la segunda una mayor sutileza analítica; en lugar del descriptivismo logorreico encontramos en la última una fusión, no perfecta pero sí mejor, de la teoría y la experiencia.

Vivimos, nos asegura el profesor Clark, “en medio de una revolución —una revolución que transforma el carácter de los negocios, la vida económica y las relaciones económicas de todo ciudadano, y los poderes y responsabilidad de la comunidad hacia los negocios y de los negocios hacia la comunidad”. Ve el autor en la historia de los últimos años el aumento

## EL TRIMESTRE ECONOMICO

del control social de los negocios, es decir, del control de la actividad económica privada en beneficio de la colectividad. Partiendo de esta premisa, el autor examina detallada y ampliamente los aspectos legales, políticos y económicos de los controles sociales. Trata cuidadosamente el control de los monopolios y de los "trusts"; estudia, si bien someramente, la determinación de los costos de las empresas de servicios públicos—ferrocarriles y transportes, plantas eléctricas y telecomunicaciones—para la fijación oficial de sus precios. Como un compendio de lo mucho que se ha escrito sobre esta materia, el libro del profesor Clark es de enorme utilidad. Dentro de una perspectiva sana enfoca brillantemente la mayoría de los problemas de control social, y no quiero que la crítica que hago a continuación reste algo de su indiscutible valor general.

Los tres primeros capítulos son los mejores de la obra. Exponen con toda lucidez la médula del control social. El profesor Clark recalca que el individualismo económico no puede definirse "como la actividad económica privada en la ausencia de controles institucionales",<sup>1</sup> puesto que aún en el más estricto "laissez faire" existen controles sobre la actividad: 1) el sistema legal y la estructura de los contratos, que juntos fijan las reglas del juego; 2) el control ineludible, severo e implacable que el mercado (la elasticidad de la demanda y la competencia) ejerce sobre los productores. Aun cuando esta verdad ha sido reconocida como tal por una ilustre jerarquía de economistas desde Smith hasta Marshall, y por los sociólogos de Spencer a Durkheim, hoy día está al borde del olvido.

Decía Carlyle con su fina ironía que el individualismo económico era "la anarquía, más un policía". Esta profunda frase explica cómo es que la historia del capitalismo ha sido simultáneamente tan brillante en sus aspectos tecnológicos y tan triste en sus consecuencias sociales, e indica por qué la parcial intervención oficial en la económica privada ha dado frutos tan exiguos. La paradoja de Carlyle es irrefutable y aterradora en sus implicaciones.

La antítesis entre el control y el liberalismo económico es única. Podría decirse que la paradoja resulta hoy día anacrónica y que aceptando un plan de control económico general puede evitarse la pugna entre el control y la iniciativa privada que actualmente paraliza el sistema económico. Esto es cierto, pero veamos el precio que sería menester pagar para conseguirlo. La esencia de la democracia es poder cambiar de opinión cuando se quiera; la esencia de un plan es no cambiar de opinión durante cierto tiempo—de lo cual resulta que la democracia y la planeación son también antitéticas. Si se cambia de opinión continuamente no puede existir un

<sup>1</sup> Esta es la definición adoptada por el profesor J. R. Hicks en su libro *Value and Capital*.

## NOTAS BIBLIOGRAFICAS

plan económico; y si no se puede cambiar de opinión continuamente no puede existir la democracia.

He aquí el dilema lógico fundamental del control social sobre la actividad económica: Si no se controla eficazmente predomina la anarquía; si se controla eficazmente se pierde la democracia. Y el dilema económico fundamental es igualmente riguroso: Si interviene la colectividad en el proceso económico puede eliminarse la anarquía y asegurar la estabilidad del mismo, pero se sacrifica el progreso económico, puesto que el gobierno no se vería obligado a liquidar con pérdida sus inversiones a largo plazo cuando los cambios en la demanda lo hicieren necesario. Y si se desea reconciliar el progreso económico con el orden, se necesita un plan de largo alcance temporal que implica el abandono del proceso democrático.

Habiendo observado (aunque a veces a ojo de pájaro) las dificultades inherentes en todo sistema de control social, no es extraño que el profesor Clark proceda con cautela, timidez y hasta con desgana, en la última parte de su libro. Se limita a decir que el control social debe ejercerse principalmente sobre esos servicios que por razones de eficiencia constituyen monopolios naturales—correos, telégrafos, teléfonos—y sobre esos que por igual razón deben ser semi-monopolistas—electricidad y agua—. Aboga por la eliminación de la explotación monopolista de obreros y consumidores, y por la eliminación de la explotación monopsonista de los primeros; cosas, por lo demás, perfectamente obvias y que no se resuelven usando los clichés marxistas o fabianos de “igualdad de oportunidad”, “mínimo social” y “precios justos”, que adopta el profesor Clark.

En las páginas 129, 253, 379 y 385 hay pequeños errores de razonamiento en el uso de la teoría de la competencia imperfecta. En los capítulos XVIII y XIX, sobre la determinación de los costos e ingresos de las empresas de servicios públicos, hay un notable lapso de tiempo entre las ideas del profesor Clark y el desarrollo de la teoría económica. Todavía habla de la mil veces muerta controversia acerca de si la apreciación en el valor de los títulos de una propiedad es o no un ingreso.

El capítulo sobre el control del ciclo económico es de todos quizás el más débil. Parece creer el profesor Clark que el ciclo puede ser eliminado mediante la estabilización de precios, las obras públicas y el manejo monetario. No examina la causa fundamental de los ciclos, que en su forma micro-económica son los lapsos entre la oferta y la demanda de artículos y que se traducen macro-económicamente en un desequilibrio entre la oferta y la demanda de fondos invertibles. Ni tampoco explica cómo siendo la demanda una función matemática lineal de los precios, ésta pueda engendrar una oscilación cíclica del sistema económico. Una corrección parcial del ciclo puede conseguirse por los métodos tradicionales agregando

## EL TRIMESTRE ECONOMICO

a ellos un control sobre el equilibrio entre los impuestos directos y los indirectos y un sistema de subsidios a los salarios en períodos de depresión; mas la eliminación completa del ciclo requiere la planeación total de la oferta y de la demanda y, por ende, el abandono de la democracia. Por no examinar estos factores, el profesor Clark llega a conclusiones falsas en cuanto al control del ciclo. En compensación a éstos capítulos frágiles, dedica uno (el xxv) al problema de trusts, cuyo texto debería formar parte del juramento que prestan los funcionarios mexicanos al aceptar sus cargos.

Como crítica general del libro, debo decir que no toca los aspectos internacionales del control social. No habla ni de aranceles ni de inversiones internacionales; y menos de las repercusiones internacionales, a través de los sistemas monetarios, de los controles nacionales. Más para no terminar en una nota desagradable, deseo recalcar una vez más que el libro es un estupendo compendio de lo mucho que hay escrito sobre un difícil y complicado problema. Si el tono de esta reseña ha sido en gran parte crítico, es porque las partes buenas de la obra no requieren refuerzos.—J. S.

HELEN HILL y HERBERT AGAR.—*Beyond German Victory*.—Nueva York: Reynal and Hitchcock, 1940, 118 p.

HANS KOHN.—*Not by Arms Alone*.—Cambridge: Harvard University Press, 1940, 162 p.

*Beyond German Victory*. O lo que supondría la victoria alemana para el mundo en general y para Estados Unidos en particular y para el resto del continente en un intermedio general-particular. La primera parte del libro se dedica a demostrar cómo, digámoslo a la española, el “concepto de la vida” del nazismo—a la alemana, su *Weltanschauung* y, a la norteamericana: *nazi desing for living*—pone en peligro, negándola, la *American way of life*, el modo de vivir americano, pero no en una pugna incruenta de conceptos, sino en una rebatiña voraz de continentes y de hemisferios. La suerte está echada: me parece que fué ya en 1927 cuando Spengler cerró su libro—*Años de decisión*—con esa sentencia y este resultando: *ha comenzado el reparto del mundo*. Los considerandos estaban camuflados en el libro más insolentemente culto aparecido en muchos años: *La decadencia de Occidente*, que fué tan admirado, por lo menos en España, por todos los notarios cultos. Es decir, por todos los notarios.

No es ésta ocasión para hablar del resentimiento imperialista que es la raíz doliente del pensamiento spengleriano, que ha recorrido las tres etapas típicas de todo resentimiento que encuentra su “mecanismo de defensa” en la “comprensión”. Primero, un se acabó el mundo: *Decadencia*

## NOTAS BIBLIOGRAFICAS

*de Occidente*; segundo: muramos, por lo menos, con dignidad, como el soldado romano de guardia "en un lugar" del Vesubio (*El hombre y la técnica*); tercero: comienza el reparto del mundo (*Años de decisión*). La ocasión sería el otro libro, que reseñamos, también dedicado a estudiar la *Weltanschauung* nazista, pero por un profesor conocido que se detiene morosamente en dibujar los rasgos espirituales, es un decir, del nazismo.

En este libro—*Beyond German Victory*—cuyo designio está muy claro—preparar a la opinión norteamericana para una acción pronta de defensa ante el peligro hitleriano—, tienen más interés los planteamientos prácticos. El "aislamiento" americano, que corre paralelo al "jinjoismo" y que prolonga idealmente el desplazamiento continental de Wegener haciendo que Norteamérica vuelva la cara al Pacífico y la espalda al Atlántico, se convierte en un mito—un mito negativo y antisoreliano—cuando no se tienen guardadas las espaldas, y las espaldas de América las guarda la flota inglesa. Si esta flota cae en poder de Alemania, el peligro *continental* se presentará en seguida, con la ventaja para Alemania, si América sigue desprevenida, de que aquella le presente batalla escogiendo el escenario de la lucha. El coronel Lindbergh no cree en este peligro. Sus palabras merecen transcribirse, no por su mérito, sino por su claridad: "En el pasado hemos tratado con una Europa dominada por Inglaterra y Francia. Es posible que en el futuro tengamos que tratar con una Europa dominada por Alemania. Que la guerra la gane Inglaterra o la gane Alemania, la civilización occidental seguirá dependiendo de dos grandes centros, uno en cada hemisferio... Un acuerdo entre nosotros podría mantener la civilización y la paz en el mundo por todo el futuro al alcance de nuestra mirada".

Para los americanos de Laredo para abajo es muy claro el sentido de estas palabras: un amo en América y otro en Europa y acaso un tercero en Asia—Africa para los europeos—y aquí paz y después gloria. Pero sigamos: "A menudo se nos dice que si Alemania gana esta guerra será imposible la cooperación y, los tratados, papel mojado. Yo contesto que jamás la cooperación es imposible si hay suficiente ganancia por ambas partes y que pocas veces se violan los tratados cuando no se refieren a naciones débiles".

He aquí un político de los que se llaman "realistas", aunque dudamos que le hubiera calificado así el maestro de todos: Bismarck. Por el libro desfilan otros políticos no menos "realistas". El magnate de la industria pesada alemana Dr. Fritz Thyssen. En marzo del 32 le decía a un corresponsal del *New York Times*, o más bien, le confesaba: que la elección, no sólo para Alemania sino para Europa entera, estaba entre el comunismo y el fascismo y que él prefería el facismo. Y añadía: "Ya ve usted, el fascismo no ha hecho nada malo en Italia". En 1939 el go-

## EL TRIMESTRE ECONOMICO

bierno de Hitler confiscó las propiedades de Thyssen. Otro "realista": el marqués de Londonderry, una especie de arquetipo de donde han ido saliendo otros personajes que han sabido jugar limpiamente con el "espera y ve" inglés. Tan bien jugaron que, todavía en mayo de 1940, la *Northern Aluminium Company Limited* publicaba en el *Punch* de Londres (6 de mayo) un reclamo con el siguiente diseño o designio: una espada rota en dos pedazos por un magnífico paraguas. Ha sido, en toda su larga historia, la caricatura más graciosa publicada por el famoso periódico. *Risum teneatis.*

Es muy frecuente entre los anglosajones la afirmación de que a Hitler no se le vió su juego hasta Munich. El juego consistía en presentarse como campeón del anticomunismo: el cuento de Caperucita. No se le vió el plumero hasta entonces, porque lo cubría con un paraguas. El *Mein Kampf* es un libro muy claro pero que hay que leerlo entre líneas. No son los "realistas" los que pierden el tiempo en leer entre líneas. En el *Mein Kampf* hace sus demostraciones el campeón del anticomunismo y, además, anuncia lo improcedente que sería una guerra con Inglaterra que contaría con la ayuda de Norteamérica, que tenía la misma invencibilidad por la que trabajaba Alemania: era, o podía ser, una economía cerrada. Pero Alemania, la matriz del mundo, como recordó Nietzsche, arrojaba un excedente de población por años y por millones. Había comenzado el reparto del mundo. ¿Se iban a repartir el mundo o Rusia? ¿Y dónde estaba el mundo?

El pueblo americano tiene que darse cuenta, nos dicen los autores, que un arado mecánico no es una buena arma contra un tanque y puede llegar un momento en que sea más económico dedicar más hierro a fabricar tanques que a fabricar arados. Esto supone que el nivel de vida tiene que sufrir una merma. Pero es una merma pasajera para asegurar el manejo tranquilo y fecundo del arado americano por manos americanas. También tiene que darse cuenta el pueblo americano que es menester, en la democracia, una concentración de poderes que la haga eficiente frente a las dictaduras totalitarias. También otra merma pasajera, porque lo que importa es "el espíritu de la democracia y no la letra".

Peligroso camino éste del espíritu, siempre. A lo mejor el coronel Lindbergh piensa también que lo que importa es el "espíritu y no la letra de la democracia" y que "el espíritu sopla donde quiere": unas veces junto a Inglaterra y otras junto a Alemania. Lo importante es un espíritu vigoroso y hemisferial. ¿Y no piensan también en el "espíritu de la democracia" los que, amándola por encima de todo, se muestran recalcitrantes, escaldados por la guerra anterior, que iba a "terminar con todas las guerras", a afrontar la perspectiva de una segunda guerra?

## NOTAS BIBLIOGRAFICAS

De este escaldamiento se ocupa el profesor Hans Kohn en *Not by Arms alone*. Hans Kohn es profesor de historia moderna de Europa en *Smith College* y ha podido seguir desde largo el curso de los acontecimientos parapetado en su atalaya académica. Ha descubierto *a posteriori*, como cumple a un profesor que se atiene a los hechos y no a los actos, que la guerra empezó, en realidad, en la primavera de 1936. Poco más o menos, cuando empieza la guerra de España.

El profesor Kohn es un hombre de buena voluntad. Tan buena, que hasta se la reconoce a Chamberlain y a los mismos socialistas ingleses "superchamberlanizados", como él dice. Además de buena voluntad, tiene conocimiento. Y así, su diagrama ideológico del nazismo es perfecto y la responsabilidad que reparte entre Spengler, Rosenberg y Carlos Smitt, ponderada. Pero su *Not by Arms alone*, podría tener la réplica de "con buena voluntad *alone*". Porque su conocimiento, que llega en este libro hasta los tiempos de Alejandro el Grande, está guiado por la buena voluntad, que no creo que conduce a los infiernos, sino que nos mantiene suspensos en las nubes. Si no fuese hacer demasiado larga esta reseña, insistiría sobre este libro como documento vivo, en su mortecina voluntad buena, y signo chillón, con su voz apagada, de la confusión de nuestros días.

La Sociedad de Naciones ha fracasado, nos dice, pero no hubiese fracasado si los vencedores del 14 hubiesen hecho lo que debieron hacer: acabar con el militarismo prusiano que es el "íncubo del pueblo alemán"; liberar a los pueblos oprimidos y plasmar la realidad de la Sociedad. ¿Por qué no lo han hecho? "El optimismo y el racionalismo predominantes en el siglo XIX hicieron olvidar a los pueblos que existe el mal en el mundo. Se consolaban con la ilusión de que negando la existencia del mal se destruye el mal". ¿Es esta la historia de la post-guerra del 14 ó de la pre-guerra del 36? ¿Y cuando Lord Runciman abrió las puertas de Checoslovaquia con uno de los documentos más cínicos que conoce la historia ¿creía que el mal se destruye con una concentración poderosa del pensamiento?

También nos dice que esta guerra es lucha entre dos imperialismos, el imperialismo liberal y el imperialismo fascista, pero que no es sólo eso, que también es una *guerra ideológica*, que es lo que no quería Chamberlain. (Es verdad, Chamberlain quería, a cualquier precio, una *paz ideológica*). Concedo, como dicen los escolásticos, y copio: "Todo imperialismo contiene elementos de implacabilidad, brutalidad y explotación. Pero cuando las naciones democráticas son implacables con sus colonias, en la madre patria se levantan fuertes protestas y la situación, generalmente, se remedia". ¡Qué remedio!, se remedia. ¿No se remedió la intervención extranjera en España con el Comité de Londres y los cla-



## EL TRIMESTRE ECONOMICO

meros de la opinión? El imperialismo liberal, después de la guerra que iba a terminar con todas las guerras, se atemperó y enriqueció con una nueva distinción jurídica: colonias, representaciones y mandatos. La realidad es *recalcitrant*, tanto, por lo menos, como la buena voluntad y los escaldados, como es natural, también.

En su último capítulo—*Education for the coming era*—nos advierte que “el peligro para la democracia nace de la incomprensión de lo que está en juego”. ¿Y qué es lo que está en juego? “Ha llegado la hora de que realice sus promesas—para todas las clases y razas—de una vida más rica y plena, basada en la libertad y dignidad de cada individuo, en la igualdad de todos los hombres y en la hermandad de todos los pueblos”. ¿No es ésta la vieja cantinela, sólo que entonada con menos vigor? Y ¿con qué medios inéditos cuenta para asegurarnos, esta vez, contra el desencanto? Con una educación que haga comprender a las nuevas generaciones “el problema esencial del siglo xx”, “la verdadera inteligencia de la historia y de sus fuerzas”. El problema esencial parece ser: “tenemos que equiparlas para que vivan y funcionen en el mundo del siglo xx, que será querámoslo o no, un mundo unificado bajo una dirección común”. Deseos, deseos y deseos. Porque falta la “verdadera inteligencia de la historia y de sus fuerzas” cuando se escribe lo siguiente: “El imperialismo liberal es el resultado de la debilidad y defección de los hombres que no viven con arreglo a su ideal”.

Sería definitivamente desconsolador pensar que el pueblo inglés, a quien la humanidad debe tantos maestros de política, en estos momentos en que está asombrando al mundo por su valor, no contara con otra “inteligencia de las fuerzas que mueven la historia”. Para no perdernos, tenemos que esperar que los dolores que seguirán a esta guerra, como dijo Kant de la suya, harán entrar a los hombres en razón, en razón histórica, y ellos pondrán al mundo en la posición reclamada por su centro de gravedad desplazado.—E. I.